

LOS CUADERNOS DE ORANYAN

LIBRO III

LA CASA DEL TOSTADO

Juan M. Taveras

Algo para reflexionar.

MEDIO PAN Y UN LIBRO

“Cuando alguien va al teatro, a un concierto o a una fiesta de cualquier índole que sea, si la fiesta es de su agrado, recuerda inmediatamente y lamenta que las personas que él quiere no se encuentren allí. ‘Lo que le gustaría esto a mi hermana, a mi padre’, piensa, y no goza ya del espectáculo sino a través de una leve melancolía. Ésta es la melancolía que yo siento, no por la gente de mi casa, que sería pequeño y ruin, sino por todas las criaturas que por falta de medios y por desgracia suya no gozan del supremo bien de la belleza que es vida y es bondad y es serenidad y es pasión. Por eso no tengo nunca un libro, porque regalo cuantos compro, que son infinitos, y por eso estoy aquí honrado y contento de inaugurar esta biblioteca del pueblo, la primera seguramente en toda la provincia de Granada.

No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio de Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y ¿dónde están esos libros?

¡Libros! ¡Libros! Hace aquí una palabra mágica que equivale a decir: ‘amor, amor’, y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras. Cuando el insigne escritor ruso Fedor Dostoyevsky, padre de la revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita; y pedía socorro en carta a su lejana familia, sólo decía: ‘¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!’. Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua: pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir la cumbre del espíritu y del corazón. Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida.

Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: “Cultura”. Cultura, porque sólo a través de ella, se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz.

(Locución de Federico García Lorca al Pueblo de Fuente de Vaqueros (Granada). Septiembre 1931)

31. Carl enviado a Tuskegee.

Se recordará que Carl ingresó al ejército de los Estados Unidos con la intención de ser piloto. Pero, como era negro, debía ser enviado al Instituto de Tuskegee, no precisamente para entrenarlo, sino más bien como parte de un experimento que perseguía probar que los negros no eran aptos para pilotar aviones. De manera que, cuando Carl, después de casarse con Ayana, partió con destino a Tuskegee Alabama, sabía que su entrenamiento formaba parte de un experimento que perseguía probar la inferioridad racial de los negros y su supuesta incapacidad para el combate aéreo. Lo que Carl, empero, no sabía, era que, desde hacía 10 años, Tuskegee estaba siendo utilizado para otro experimento de corte netamente racial, inhumano y antiético, que pretendía probar que la raza negra era, de alguna manera, portadora endémica de las enfermedades que los bioanalistas habían bautizado como "venenos raciales".

Ahora, con el nuevo experimento, del cual Carl formaría parte, lo que realmente se perseguía era probar que los negros no eran aptos para pilotar aviones. Al parecer, los racistas profesionales que pretendían usar el nuevo experimento para denigrar a los afroamericanos, desconocían la fascinante historia que dio origen a la escuela de Tuskegee, que más tarde se convertiría en una de las Universidades más prestigiosas de los Estados Unidos de América.

El 6 de enero de 1942, Carl partió rumbo a Alabama, convencido de que tenía una oportunidad de liberar a Mikolaj

de manos de los alemanes. El tren avanzaba lenta y parsimoniosamente *sobre el acero rodante*, en tanto la tristeza del futuro piloto aumentaba y su corazón se oprimía. Carl no encontraba forma de perdonarse por haber abandonado a su esposa solo días después del matrimonio. Atisbada su mente por un frenesí de amor irresistible, se sintió que había obrado mal al irse a Tuskegee dejando sola a la mujer que amaba. Se conformó al considerar que todo tiene un precio. “El que apuesta por lo que desea, tiene que pagar” —Pensó— Pero no dejaba de pensar en su amada Ayana. Mantenía firme en su mente la extraña fantasía de liberar a Mikolaj, porque esa secreta misión constituía para él un asunto de honor y era, además, su mayor y principal obsesión. Cada nuevo amanecer sacaba tiempo para escribir a su amada y a Moshe para saber sobre la suerte de su amigo preso en Polonia.

Tres meses después de su ingreso a Tuskegee, Carl recibió una carta que le proporcionó la mayor alegría de su vida: Ayana le anunció que estaba embarazada. Loco de contento, pidió permiso para visitar a su esposa, pero le fue negado. La negativa le pareció injusta y la atribuyó a la discriminación racial. Pero se equivocaba. Era el reglamento militar el que no contemplaba permiso por motivos de embarazo. Carl medio se convenció y tranquilizó, aunque no pudo recuperar el sosiego.

Moshe escribía a Carl al menos una vez a la semana. Su respuesta, empero, sobre el paradero de Mikolaj, era siempre la misma: “Lamento reiterarlo, pero la última noticia que tuve de Mikolaj fue que desapareció un día del gueto de Varsovia y jamás se ha vuelto a saber de su paradero. Ten por seguro,

amigo Carl, que tan pronto tenga algo nuevo sobre Mikolaj, tú serás el primero en saberlo”.

Las cartas de Ayana y Moshe siguieron llegando regularmente. Y dos días antes de su graduación como piloto, Carl recibió la buena nueva de que era padre de un hermoso bebé. A partir de ese momento, el nuevo piloto perdió el control de sus emociones. Solo hablaba de su hijo. La alegría lo trastornó a tal punto que le concedieron un permiso por tres días para visitar a su esposa recién parida.

Su regreso a Harlem constituyó un gran acontecimiento. Una multitud de negros orgullosos se congregó frente a la residencia de Carl para ver de cerca y dar la bienvenida al nuevo piloto afroamericano, cuyo logro constituía un categórico desmentido a la supuesta superioridad racial de los blancos. Fue tan notorio el impacto de la visita de Carl a Harlem, que el flamante piloto apenas tuvo tiempo para bautizar a su hijo Akkem, nombre que Ayana tomó de un pariente de Tranquila, la africana que antes de morir, reveló a la tía Anastasia todo cuanto sabía sobre los desaparecidos Cuadernos de Oranyán.

32: La trama de los dioses

100 años antes de que el gobierno norteamericano iniciara la puesta en marcha del tristemente célebre “experimento de Tuskegee”, el más largo experimento no terapéutico en humanos de la historia médica mundial, se había fundado en Alabama, Estados Unidos de América, en 1832, el Condado de Macon. Y allí, 50 años más tarde, en un rinconcito del extenso sur de Norteamérica, que tal vez nadie conociera ni recordara, a no ser por los hechos acaecidos en su entorno, el azar, o tal vez los dioses del viejo y olvidado Olimpo, juntaron y entrelazaron, en la entonces pequeña comunidad de Tuskegee, a tres hombres ejemplares, para que, actuando de consumo, devolvieran la luz a millones de afroamericanos que durante siglos habían sido deliberadamente mantenidos en la penumbra de una noche sin fin.

Uno de aquellos hombres era de piel blanca, libre, educado, rico de cuna y propietario de esclavos; los otros dos, eran negros, incultos y con el lastre de la esclavitud a cuesta. Pese a todo, el azar juntó a los tres y unificó sus caminos para que lucharan en favor del renacimiento de una raza desdichada, vilipendiada y ofendida por siglos.

En marcha ya la trama de los dioses, aconteció que la noche del 5 abril de 1858, en las cercanías del Condado de Macon, un joven esclavo que tenía como único nombre Lewis, —los esclavos solo tenían un nombre— sentía crecer su curiosidad al observar a su amo reírse a carcajadas mientras hojeaba el libro que tenía en manos. En la medida en que el amo más reía, aumentaba también la intriga del joven esclavo que, en

su ignorancia, había llegado a pensar que, si hacía lo mismo que su dueño, reiría igual que él. Durante semanas la curiosidad lo empujaba y devoraba sus sesos hasta que la tentación lo venció. Y una noche se levantó a hurtadillas. Penetró temeroso la biblioteca. Tomó el libro que hacía reír a su amo y regresó a su humilde choza convencido de que, al hojearlo, descubriría la magia que hacía reír a su dueño.

El joven esclavo amaneció en claro hojeando el mágico libro. Pero no halló nada. En su interior solo se observaban hileras interminables de soldaditos de pies, cuyas figuras, mudas e inmóviles, no parecían capaces de hacer reír a nadie. Volteó varias veces el libro. Lo hojeó una, otra y otra vez. Lo hamaqueó con fuerza en la esperanza de que, de sus hojas ajadas y enmohecidas por el tiempo, brotara algún duende misterioso que provocara risas. Pero nada ocurrió.

Lewis tenía fama de jamás darse por vencido. Quería desvelar, a toda costa, aquel enigmático secreto. Fue entonces cuando, atizado en su ignorancia por un anhelo loco e incontrolable, llegó a considerar la posibilidad de pegar fuego al misterioso libro, para que Morfeo o cualquiera de los mil hijos de Hipanos que fuera responsable de aquellos encantamientos indescifrables, saliera despavorido de su recóndito escondite y le revelara el prodigioso secreto que guardaba. Un sin número de similares locuras pasaron en caravana una y otra vez por su mente aquella larga noche, hasta que, rendido por el cansancio, el indómito esclavo se quedó dormido con la prueba de su pecado en la mano. Afortunadamente su acción no tuvo consecuencias, porque la suerte quiso que fuera despertado por el estridente canto de los gallos, justo cuando el rocío matinal cumplía su divina

faena de tocar, con sus labios mojados, la reinante flor de izote de Alabama.

Los gallos, en su eterno e insaciable afán de corretear cada día a las gallinas, las despertaban antes de que los primeros rayos del rubicundo apolo rescataran a la madre tierra del trance fatal a que las sombras tenebrosas de la noche la someten cada día. Con su retumbante canto, los gallos, a más de reafirmar su simpar nobleza, despertaban a todos en la “Casa Grande” incluyendo al amo, cuya rutina diaria empezaba en la biblioteca con algún libro en la mano.

Despertado por el canto de los gallos el amo se levantó y fue directo a su biblioteca. Escogió el libro titulado Don Quijote de la Mancha, que estaba de nuevo en su lugar y se sentó a leer, como cada día, mientras sus esclavos le sirvieran café y desayuno. No tardó en reír a carcajadas para mortificación de su joven esclavo.

Mucho tiempo después, cuando Lewis aprendió por si solo a leer, recordaría aquel momento en que hojeaba, con singular desesperación, el libro de Cervantes, en procura de descubrir la magia que hacía reír a su amo. Más tarde leyó aquel libro una y otra vez, hasta que al fin pudo reír con la misma hilaridad que su antiguo dueño.

Años antes de que el joven esclavo naciera, se había establecido en Tuskegee, una familia adinerada, propietaria de esclavos, cuyo único hijo, George, se vio precisado, a sus escasos 20 años de edad, a hacerse cargo de los negocios de la familia cuando su padre murió de repente. El joven blanco, heredó un buen puñado de esclavos. Pero nunca apreció el régimen esclavista. Más bien lo odiaba. Por eso, 17 años antes de la proclama de la emancipación, George Campbell Jr. decidió crear su propio negocio, empeñado, sobre todo, en

alejarse de la plantación donde negros indefensos eran tratados con injustificada crueldad. El carácter afable y los nobles principios religiosos que adornaban a George, eran incompatibles con el régimen esclavista practicado entonces en el sur de Estados Unidos.

En medio de aquel estado de cosas, los misteriosos dioses, silenciosos y enigmáticos como siempre, construían los vasos comunicantes que formarían en Tuskegee una leyenda ejemplar. Y aconteció que la misma noche del 5 de abril del año 1858, mientras en Macon, Alabama, un joven esclavo intentaba penetrar la biblioteca de su amo para curiosarse en un libro que no podía leer, porque era analfabeto, llegaba al mundo, en la plantación Burroughs, en el condado de Franklin en Virginia, el segundo hijo de la cocinera de la plantación, cuyo nombre fue simplemente Booker.

Rotaron los años; sobrevino la guerra civil; se precipitaron los sucesos y el sur resultó devastado y empobrecido. Las familias ligadas al antiguo régimen esclavista, perseguidas y acosadas, se dispersaron. Entonces, gran parte de la población blanca emigró del sur para escapar de la situación imperante. Pero los negros, 99% analfabetos y sin preparación laboral alguna, estaban forzados a permanecer en el sur. Soportaban una situación de acoso y miseria calamitosa, que los convertía en blanco fácil del odio, de la explotación y la manipulación en detrimento de su recién ganada “libertad”. En esas condiciones, a los negros les sobraban razones para dudar de la emancipación.

Era, sin embargo, cierto: la esclavitud, propiamente dicha, había sido abolida. Pero los ex esclavos, empobrecidos y robotizados por los efectos de la esclavitud, debían pagar un enorme precio por aquella amañada “libertad”. Debían soportar, con mayor rigor que nunca antes, los flagelos del

odio, del hambre, de la soledad y del desprecio con que calladamente los castigaba la indolente sociedad, incapaz, por demás, de comprender los signos de los nuevos tiempos. Para la raza blanca, del sur o del norte, resultaba posible convivir, de igual a igual, con los ex esclavos. Pero les resultaba igualmente inaceptable convivir y aceptar como iguales a los negros. El problema racial estaba, pues, en el centro del problema y provocó un dramático cuadro de exclusión creciente, que terminó por tocar la conciencia, no solo de los afroamericanos más preclaros de la época, sino también de muchos hombres blancos que preveían un conflicto social interminable salvo se corrigiera la situación imperante.

Lewis Adams, aquel joven intrépido que penetró la biblioteca de su amo en procura de la verdad, nació esclavo, como Booker. Pero con la voluntad e inteligencia que lo caracterizaban, pudo alfabetizarse por sí solo y, sin poseer una educación formal, podía hablar, leer y escribir en varios idiomas. Era un auténtico visionario. Con el tiempo se convirtió en formidable orador y utilizó su oratoria para recoger y canalizar sentimientos de verdadera humanidad que se anidaban en el corazón de muchos hombres de buena voluntad. En sus conmovedores mensajes, Adams reconocía públicamente que sin educación los ex esclavos no podrían soportar los nuevos tiempos. Llamaba a todos a actuar de consumo para remediar la triste situación de los negros. Sus predicas fueron escuchadas y consiguió ayuda para promover la escuela normal para instrucción de los negros en Tuskegee.

George W. Campbell, un próspero comerciante, banquero y político establecido en Macon City desde antes de la emancipación, fue también un visionario, a quien Adams convenció con sus predicas. Campbell decidió apoyar a Lewis en sus pretensiones de promover el establecimiento de una escuela normal para formar profesores negros y fue uno de los tres padres de la escuela normal de Tuskegee.

Poco más de 10 años antes de que la escuela para negros de Tuskegee empezara a funcionar, es decir en 1870, fue promulgada la Decimoquinta Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos de América. Dicha enmienda daba a los afroamericanos el derecho al voto. A causa de ese hecho, el voto afroamericano resultaba decisivo para las elecciones de 1880, sobre todo en el Estado de Alabama, donde la población negra votante superaba a la blanca. Fue esa la razón que obligó a los candidatos a las diferentes posiciones electivas, acercarse a George W. Campbell para proponerle concertara una reunión con su amigo, el ex esclavo y ahora líder de la comunidad negra de Macon, Alabama, señor Lewis Adams, para presentarle una proposición.

Campbell, conociendo la repugnancia y desconfianza pública que Adams sentía por los políticos, en principio rechazó la oferta porque no deseaba disgustar a su amigo, pese a entender que, sin la ayuda de los políticos, Adams jamás lograría abrir una escuela para negros en Tuskegee. Así las cosas, Campbell se presentó una tarde a la casa Lewis Adams e inició una conversación aparentemente trivial, preguntando a su amigo que cómo veía la problemática de los afroamericanos.

Lewis respondió:

— **Con la creciente miseria que los acosa y la tenaz discriminación de que son objeto, la situación de los afroamericanos es peor que nunca. ¡Y si no cambia, me temo que, en poco tiempo, los negros añorarán los tiempos de la esclavitud!**

— **Reconozco que la situación de los ex esclavos es muy penosa y conociéndote se me ocurre preguntarte si tienes algo en mente para mejorarla pues somos muchos los hombres de buena voluntad que observamos con preocupación el hecho de que, a 15 años de la proclama de la emancipación, la situación de los ex esclavos luzca más complicada que antes.**

— **No puedo negarte mi intensión de hacer algo. Pero también mi temor frente a la complejidad del problema de mi raza. Para entender la actual situación de los negros, es preciso reconocer que, en sus efectos, la esclavitud se asemeja mucho al salvajismo. ¿Por qué? Porque el sistema hizo tan dependientes a los ex esclavos que terminaron robotizados, realidad que les impide razonar como hombres libres y como entes sociales. Por esas razones, sería inútil negar que la generalidad de los afroamericanos no estamos aún preparados para vivir en libertad. Pese a todo es justo reconocer que con la emancipación los afroamericanos ganamos un espacio. Pero considero que el espacio ganado está aún por conquistarse. ¡Y esa será mi misión: allanar el camino para esa ingente conquista!**

—**Entiendo y comparto tu sentir, Lewis. Yo que fui propietario de esclavos, soy el primero en reconocer que cientos de años de esclavitud, de maltratos, de vivir sin nombre, sin derecho a la propia vida y de ser considerados y**

tratados como animales, no puede haber formado hombres aptos para vivir en sociedad...

—Es de ahí —interrumpió Lewis— lo pesado del lastre que arrastramos los afroamericanos. Agréguese a lo dicho por ti, no solamente la herencia maldita de cientos de años de esclavitud que dejaron a los negros por demasiado tiempo al margen de la civilización, sino el daño psicológico sembrado en el cerebro y la conciencia de cada uno de esos hombres, hasta despojarlo totalmente de voluntad. Quedaron sepultados bajo un oscuro manto de ignominias que destruyó toda manifestación del yo. No eran nada más que autómatas. Y ahora, amigo mío, de la noche a la mañana, esos nueve millones de esclavos analfabetos y sin preparación laboral alguna, son declarados ciudadanos americanos. ¿Pero pueden ciertamente esos hombres-robot incorporarse tranquilamente a la sociedad, sin perturbarla y sin que de alguna manera revelen sus forzados resentimiento contra sus antiguos opresores?

— Esas mismas reflexiones —dijo Campbell—me he plateado yo con frecuencia y no encuentro salida. Entiendo que el problema es de tal gravedad y alcance social que tal vez hagan falta 200 o más años para que Norteamérica encuentre solución definitiva al problema heredado por la sociedad actual, tan profundamente dividida, no solo entre antiguos amos y esclavos, sino entre blancos y negros.

— ¡200 años! ¿Pero por qué tanto tiempo? —Questionó Adams encogido de hombros—

—Tal vez te parezca mucho tiempo. Pero no olvides que los judíos, pese a no cargar con la maldición del color de la piel, llevan más de 1800 años intentando ser exculpados de la

muerte de Cristo y luchando sin pausas por quitarse de encima el sambenito de chupasangre, esa túnica de la infamia, ese símbolo maldito de la humillación pública con que, aviesamente, fueron etiquetados durante la edad media, y aún no han podido lograrlo. En mi opinión, el estigma de que los judíos mataron a Cristo es un fuego de origen sectario, típicamente político que el tiempo apagará por sí solo. Por el contrario, el sambenito de usurero y chupasangre, conforma un problema de amplio espectro social que ha concitado y seguirá concitando sentimientos de repulsa y odio colectivo contra los judíos al dejar la impresión de que, en sus efectos, el supuesto accionar de los “explotadores” judíos perjudica a toda la sociedad. Igual acontece con tu raza: los negros son considerados como una especie primitiva no apta para vivir en sociedad. Y no será fácil acabar con ese mito, porque hay un obscuro trasfondo detrás de esa etiqueta que preciso desvelar y luego combatir. Y, al menos por ahora, los afroamericanos no tienen la fuerza ni el poder para echar ese pleito. De todo ello resulta que la erradicación de la discriminación racial, cuyo origen se remonta a varios milenios de sentimientos repulsivos contra la raza negra, requerirá de cientos de años de lucha y de la formación de una verdadera cultura común que prohija una autentica igualdad racial.

—¡Un análisis brillante! —asintió Adams visiblemente perturbado—

—Pero hay algo más —interrumpió Campbell— que no podemos dejar de lado si en verdad deseamos tener un cuadro completo de la realidad actual de los afroamericanos: me refiere al hecho de que mientras los norteamericanos blancos llevan siglos de civilización y casi 100 años bajo el estandarte

de la declaración universal de los derechos humanos, situación que los ha obligado a dictar leyes cada vez más apropiadas al respeto mutuo entre todos los hombres, los negros, excluidos durante cientos de años del ordenamiento social civilizado; analfabetos; robotizados por la esclavitud y aun vistos por los dominadores blanco, no como hombres iguales, sino como una especie de animales salvajes, complican y dificultan en extremo la factibilidad de conformar una cultura común que viabilice la existencia de una verdadera asociación entre hombres iguales.

—¡Y, en esas condiciones! —interrumpió Adams— ¡en ese círculo perverso entre opresores y oprimidos! los mundos: el de los negros y el de los blancos, no podrán percibirse más que como dos mundos opuestos, dos mundos rodeados de contradicciones insolubles, de donde parece correcto asegurar que la raza negra habrá acabado de educarse y estará lista para incorporarse a la sociedad sólo cuando la blanca acabe la suya.

Campbell, mirando al ex esclavo con el rabo del ojo y evocando una leve sonrisa, preguntó:

—¿Y cuál es, entonces, el camino que sugieres seguir para enfrentar y corregir la problemática actual de los afroamericanos?

—En lo inmediato, me propongo encontrar la mágica fórmula de incorporar a la sociedad a nueve millones de negros analfabetos, sin preparación laboral y sin voluntad propia; luego lograr que esa masa irredenta se avenga a ser gobernada por las mismas leyes de los blancos y que sus derechos sean reivindicados en un plano de igualdad de suerte que puedan vivir una vida digna dentro de unas

condiciones que seguirán siendo diseñadas y controladas por los bancos. Después, me propongo lograr, no solo la eliminación de la segregación y la discriminación racial, sino también la otra: la económica, cuyo trasfondo deviene en más pernicioso y socialmente inaceptable.

Al arribar a este punto, Adams pautó por un instante. Respiró profundo. Y con las ansias delirantes de un sediento en el desierto, dijo, con un mar de dudas reflejado en su rostro:

—Todo eso y mucho más es lo que me propongo hacer para cambiar la suerte de los ex esclavos.

—¿Y tú crees todo eso posible? —Cuestionó Campbell, con el rabo de ambos ojos posando cuestionadoramente sobre su amigo negro—.

— ¡No lo sé Campbell! Con sobrada frecuencia las dudas me ahogan. ¡Pero lo voy a averiguar! La vida me ha enseñado, que no hay nada imposible sino hombres incapaces; que no es posible avanzar sin dar un primer paso y que, con fe en la providencia y la ayuda de los hombres de buena voluntad, se pueden vencer todos los obstáculos. Tú me conoces y sabes que siempre he soñado con hacer algo grande para enfrentar la tragedia de mi raza. ¡Y ahora! ¡En este momento crucial, no me limitaré a rezar a los dioses en procura de un milagro! Para correr es preciso dar un paso al frente. Es justo lo que haré. ¡Pondré manos a la obra al precio que sea!

— ¿Cómo y cuándo dará ese primer paso?

— Aun no lo sé. Pero lo primero será promover la creación de escuelas normales para formar maestros negros. Valoro a la educación como el eje de la sociedad igualitaria porque hace al hombre, a todos los hombres, más conscientes de sus derechos y deberes sociales. Los pueblos, como enseña el

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

